

## VI

—Ella se llama Helmi y sus ojos son los más lindos del mundo. Cuando se fijan en mí, los confundo con dos estrellas y todo se hace noche á mi alrededor. Es del Norte, de Copenhague, hace más de un año que no la he visto, porque he pasado por la Italia y saludado mi verde Inglaterra. Pero su pensamiento me alimenta sin cesar. Hablo de ella á Robín y á Clorinda. Estoy citado en Kiel, para la vispera de Navidad, con mi rival, el caballero Olof. Si lo mato en combate singular, la bella será mía sin remedio. Si no, el viento del crepúsculo, soplando sobre mi tumba, contará la historia de mis breves amores.

Así hablaba Readway, muy melancólico y acariciando el cuello lustroso de su caballo. Los tres compañeros atravesaban llanuras toscas y desnudas, la mayor parte incultas, en las que gemía una agria brisa de otoño. Shakespeare y Fischart sentían una viva simpatía por ese señor poeta, de maneras tan sencillas y tan francas, confiado y entusiasta, que parecía generoso hasta la locura y pronto á todos los sacrificios de amistad y amor.

—En los diversos países de Europa, á donde me arrastró mi humor, decía, he dejado sólidos y buenos camaradas. Son

mis espadas luminosas. Cuando se pronuncian las palabras: Italia, España, Alemania, Escocia, veo en seguida surgir nobles caras masculinas, iluminadas por la solicitud amigable y tales como en el momento en que me separé de ellas. Por eso doy tan gran precio á las actitudes de las separaciones. Son el cuadro que uno se lleva. Cuando me vuelvo para saludar por última vez á mi dama, deseo que esté ya leyendo, con su casto perfil inclinado, mezclando mi nombre al ritmo de mis versos.

Felipe Readway, tenía la pasión de las bellas letras. Fischart, desde que le oyó las primeras palabras, notó que su cultura era inmensa y admirablemente escogida. Se sabía de memoria los más bellos pasajes de los Griegos, de los Latinos y de los contemporáneos y los recitaba maravillosamente, con voz acariciadora y cálida, algo baja. Había compuesto, á caballo, la mayor parte de sus poemas, corriendo por el mundo y exhalaban el perfume «de todos los caminos, de todas las aventuras, de todas las nubes.» Shakespeare le escuchaba ardentemente, porque conocía á fondo las menores finuras y sutilezas del oficio. Esperto en las metáforas más agudas, pronto á abandonarlas «desde que se cambian en pesadas cadenas de oro;» refinado en el empleo de los adjetivos y de los verbos y preocupado de la concisión.

—Me han reprochado ser obscuro, exuberante, con plejor. Pero la naturaleza, á la cual imitamos, ¿no es exuberante? Nunca soy más dichoso que cuando me lanzo como un loco en las imágenes. Llamas bailan en mi cerebro. Está muy de moda burlarse del purismo, de la excesiva delicadeza de las comparaciones y de la caza á la palabra justa y exacta. Pero el fin de la vida es la elegancia y entiendo por esta palabra una armonía del alma y el cuerpo que vibra desde los colores del sombrero, de la chorrera y de las plumas flotantes hasta los matices últimos del pensamiento, y va de la forma de las botas á la de las reflexiones y de la frase. ¿Hay algo más hermoso que la cima de este arbusto? Cada hoja está recortada con amor, y ese minúsculo organismo vivo, arreglado milagrosamente por el hábil obrero providencial. Fischart le interrumpió, gritando:

—Evitemos lo artificial! No tenemos bastante con todas nuestras fuerzas dirigidas á la verdad!

Y Shakespeare replicó:

—Para quien lucha como vos, en su época, es indispensable un lenguaje áspero y sincero y éste útil reclama duros metales y con buen filo. Pero los poetas puros, como Readway, tienen derecho á la mentira, y puesto que cincelan un objeto inútil, su salvaguardia estará en las curvas más muelles, en las sustancias exquisitas, en el goce depurado de los ojos y las orejas.

Readway sostenía que el artesano es para la multitud «como en los tiempos heroicos y encantadores de la Grecia.» Fischart, ante esto, se indignaba:

—Entonces trabajemos por muertos y para muertos! Cada hombre de nuestra época, sea curtidor ó militar, debe comprender nuestros escritos é interesarse en ellos.

Y esta discusión les conducía á la gloria, asunto inflamado que hacía estremecerse á los tres. El paso de los caballos sonaba más fuerte. El horizonte raquitico se agrandaba. Un rayo de sol poniente, el último, caía, á través de las enormes nubes lluviosas, sobre los tristes campos de la Westfalia.

—Quiero que digan de mí: fué valiente, enamorado y buen arquitecto de versos. Que en la gran sala de su palacio, á la hora del crepúsculo, haga yo soñar á la castellana pensativa, y que me muestre la cara de su caballero. ¿Era blondo? ¿moreno? ¿Llevaba bigote ó barba? Lo que prefiero sobre todo es la leyenda. Si narran que en un combate singular he matado cuarenta adversarios, mis huesos se entrecucharán de alegría. Tendré alguna amargura, si el mejor poeta del siglo que viene arroja con asco mi *Cuadriga* al rincón más obscuro de su biblioteca, pero me consolaré si el color rojo que fué mío, y cuya moda he dado, persiste en las largas capas. La enumeración de mis queridas sería también cosa agradable. Porque lo que embellece la vida del hombre es una aureola de acciones algo delirantes, y los héroes se me aparecen á través de un vapor apasionado. Cada vez que se comete una locura, se lanza una piedra para su monumento, y cada minuto perdido en

la pereza representa un siglo de olvido. ¡Oh! ¡el olvido! el único enemigo á quien no oso medir; y en mis noches de pesadilla he temblado ante su faz confusa.

A este ideal de Readway, Fischart oponía el suyo:

—Mi deseo más querido es éste: le llevan una demis obras á un futuro papa cualquiera, al más ventrudo, al más sangüíneo, al más teólogo. Lo entreabre, y cae muerto de rabia. El horizonte de la gloria se me aparece como un erizamiento de imprecaciones y de puños tendidos. Vituperadores feroces transmitirán mi nombre por encima de los siglos. Además, tengo un deseo más noble. Entre tantas injusticias y atrocidades terrenales, que no igualarán nunca ninguna cosecha, una sola, pequeña y raquitica, pero cierta, fué tratada por mis sátiras; y se grita hablando de mí: «¡Ha impedido todo eso!» O también, viejo ejemplar de desecho, caído por descuido entre las manos de un niño inspirado, soy para él el confidente sublime. Se exalta á mi contacto; mi llama se desenvuelve en su corazón, y es el libelista del porvenir quien marcha, una antorcha en la mano, á través de los ultrajes, las iniquidades, las monstruosas aberraciones de los dogmas y los códigos, lavando en sangre al opresor. Haber participado, aunque como rodaje ínfimo, á la clara abertura de las tinieblas, á la resurrección del derecho y la piedad, es lo que ambiciono. Ser la espada que mata al verdugo y el fuego que aventá al incendio, el odio, en fin de donde saldrá el amor.

Cuando le tocó el turno á Shakespeare:

No hay gloria verdadera más que para los poetas. Las formas de la poesía son inalterables, altaneras y en armonía con la duración. Son precisas obras, bastante flexibles para atravesar los modos de sentir, bastante violentas para el entusiasmo, bastante frías para que la reflexión no midá en seguida la profundidad, bastante reales para satisfacer el placer de espejo, y bastante soñadoras para agotar la melancolía. Ser el rey de los sentimientos humanos, y cada uno se inclina ante el que lo es. Y cuando, después de las resistencias y las vacilaciones de una luz que se apaga, nuestro nombre es definitivamente muerto, vivir todavía, sin que ellos lo sospechen, en las almas de los

tiernos y los héroes, provocar bellos movimientos y servir á la alegría.

Tenemos un sentido de la fama que nos advierte de las aproximaciones, de los altos y los bajos, de los errores y las dudas. A veces oigo de pronto el murmullo sin nombre, Readway, de las viejas glorias caídas en el olvido. Es algo así como el purgatorio, puesto que para nosotros el paraíso no es más que un lugar en donde se nos admira. Gemido semejante al de las olas y en donde una multitud se asocia para pronunciar una frase que no comprendemos, bien que nuestro lenguaje sea también producido por la multitud plañidera de nuestros tejidos. Y quizás un día conozcamos, aun habiendo sido gloriosos, esos limbos temibles.

—Los amantes de la gloria—dijo Readway—piensan siempre en ella; es su dama á menudo ingrata. Voy á haceros una confesión algo pueril. La última vez que vi á aquella á quien pertenece mi corazón, sentí de antemano el estremecimiento de la partida. Las palabras que yo pronunciaba eran hijas de la distracción y el orgullo. Pensaba en el título de mi poema futuro que deseo someteros: *La lluvia de estrellas y de miradas*. Y mis besos de adiós estaban impregnados de esa preocupación sacrilega.

Comunicándose de este modo sus caracteres y sus deseos, los tres viajeros sintieron crecer entre ellos la ternura; la ironía de Fischart ligábase á la fantasía de los dos poetas, de tal modo, que las conversaciones eran siempre ascensionales y no cedían más que á un acontecimiento exterior. La influencia de Readway era viva y grande sobre el espíritu juvenil de Shakespeare. Admiraba su belleza, sus maneras de gran señor, la facilidad perfecta de sus modales, el acorde de su estilo y su destino. Vestido de rojo, el fieltro sobre la oreja, la espada al cinto, el autor de *Cuadriga* había atravesado las sociedades y los países con su aspecto de intelectual intrépido, y contaba sus viajes sin parlanchinería ni fanfarronadas, con un dón extraordinario de pintoresco y alegría, una sutil conciencia de lo cómico; había estudiado los temperamentos de los diversos pueblos, y con gran desesperación de Fischart,

prefería á los españoles, «á causa de su gusto por las aventuras y sus magníficas caídas de frases.» La lengua italiana le parecía excelente para la mentira; la inglesa, para el comercio y la poesía; la alemana, para la filosofía; y la francesa, para la conversación ó el amor; y había notado analogías entre las mujeres y los idiomas, comparando la piel, la tez y el talle á las partes del discurso, y la voluptuosidad á las facultades líricas. Estaba emparentado con las mejores familias, era favorito de la reina Isabel y no ignoraba nada de las cortes europeas. Su debilidad, á los ojos del libelista, era un secreto desprecio para el pueblo, bien que fuera sensible á la piedad ó que le enervase la desolación de la Alemania del Norte. Pero el pueblo le chocaba por su grosería, y hacía muecas á alguna frase excesiva de Fischart. Se vengaba entonces por una afectación de frase que revestía de vez en cuando como una máscara, y celebraba los beneficios del purismo y de las afectaciones, «barreras entre la turba y la clase escogida, útiles baluartes de cristal, transparentes para el poeta y opacos para el vulgo.»

Acariciaba el lujo en sus más pequeños detalles y hablaba con amor de un puñal cincelado que le habían regalado en Roma, de las bridas, de cuero raso, de Rolin, de sus botas fabricadas en Escocia y «sin rivales en el Universo.» Tenía saltos de humor singulares, tan pronto alegre hasta la niñería, lanzándose á galope á través del campo, cantando, burlón con verso alado, improvisando con Shakespeare poemas instantáneos á los cuales el menor episodio servía de pretexto, burlándose de Fischart, imitando sus frases satíricas y sus odios religiosos, tan pronto distraído, tan pronto triste, con los ojos fijos en el suelo, el aire sombrío y preocupado, silencioso y suspirando mucho cuando le sacaban de su ensueño. Entonces elogiaba los cementerios, las lágrimas, el luto y la melancolía «que envuelve suntuosamente como el otoño» y enumeraba entristecido sus queridas. El nombre de la última, su Helmi, obscurecía su delicado rostro.

—No la veré más. Uno de los dos debe desaparecer. Ro

lin, cuando le hablo de ella, sacude su cabeza, como si deplorara la inutilidad de mis confidencias.

Las discusiones amorosas hacían sarcástico á Fischart.

—La pasión—decía—no hace más que cadáveres.

Estimaba mucho la audacia de Readway, su locura de indiferencia y de vida nómada y su sensibilidad que desafiaba, porque empujando un poco al poeta era fácil lanzarle en cual quier dirección. Le interrogaba sobre el duelo, las palabras injuriosas, las alusiones y gestos que se deben recojer, las galantes formas de la caballería:

—Es lo contrario de mi oficio, donde se trata de acumular ultrajes. Pero cuando estais entre profesionales, ¿no os sentís embarazados hasta guardar silencio?

Los tres amigos cabalgaban lentamente. Gozaban de la conversación, permanecían sentados largas horas en las pobres posadas donde tomaban sus comidas. Llevaban siempre consigo provisiones, porque se acercaban á comarcas que la guerra había dejado desiertas y en donde se oía, según Fischart, *castañear los dientes del hombre*. Dormían algunas veces á campo raso, envueltos en sus capas y cada cual á su turno hacía de centinela. Shakespeare y Readway componían sonetos para calentarse y al despertarse los recitaban; pero el frío iba bien pronto á hacer imposibles y peligrosos para los hombres y los caballos esas costumbres bohemias. Los caballos se llevaban bien entre sí, aunque *Huracán* y *Viudex* fueron solo buenos animales, mucho menos inteligentes que Robin, el cual, según su amo, «valía más que muchos consejeros y príncipes de la sangre.»

Franqueaban llanuras monótonas y bajas cortadas de pequeños pantanos.

—No me explico—observaba Fischart—cómo ha podido la tierra absorber toda la sangre que han hecho derramar aquí las cuestiones religiosas y sociales. Es asombroso lo que se ha razonado y disparatado aquí á sablazos. Donde hay un camino, puede asegurarse que fué trazado por la ferocidad ó la tontería.

Al salir de una pobre aldea, donde los habitantes parecían

cuajados de terror.—Llegamos á la raza maldita,—exclamó el libelista.—El estado encantador de una comarca se lee en las caras.

En efecto, venía bien pronto una tropa de soldados mero-deadores.

—Qué hacen?—preguntó Shakespeare.

Los soldados se agitaban en derredor de un objeto de forma rara. Era un gato encerrado en un cesto y que servía de blanco á la ballesta.

—Oh! oh! el señor Satán!--gritó un soldadote, al ver á Readway vestido de rojo. Y se atrajo esta respuesta:

—Cuidado, que no te envíe á comer sopa infernal.

La tranquilidad de los viajeros impresionó á esos pillos de caras atroces, vestidos de uniformes desgarrados de colores dispares. Y siguieron su juego cruel. El gato, en su prisión de mimbre, marillaba como un desesperado.

Pero aquella tropa no era más que una vanguardia. El campamento se hallaba á alguna distancia; unos cien pilletes cruzaban el camino, había de través cinco ó seis largas carretas, con sus varas al aire, y por el suelo una cantidad de provisiones suministradas por el pillaje: toneles desfundados, muebles viejos, é instrumentos de labor. Armas de todas clases: mosquetes, picas y espadas reunidas en fascas; caballos y bueyes atados pacían la escasa yerba. Los hombres se habían quitado sus chupas, y sin camisa, al aire sus rudos torsos pedados, trabajaban activamente en tareas diversas, porque los unos preparaban la comida de la tarde, alzaban una mesa grosera con pedazos de madera, ó cocían un ave; otros limpiaban las armas, los arneses y los carruajes, y otros jugaban á los dados, disputando con violencia. Muchas viejas, semejantes á demonios, compartían esos destinos aventureros, manteniendo viva la llama por debajo de una gigantesca marmita colgada á retablos, gritaban hasta sofocarse y tenían los puños en la cara de los que por malicia les pellizcaban los enormes brazos. Olores de carne asada y de sudor flotaban en el aire. En frente de este temible pintoresco, los tres caballeros vacilaron un momento:

—Bah! dijo Readway:—veremos.

Y entraron en el círculo.

Primero fué el asombro, y luego, gracias á la guasa de Fischart, una familiaridad asquerosa.

—¡Trueno de Dios, van bien montadòs!

—Cuidado, Frits; el blando parece comerse los niños crudos.

—Pues que lo intente, féretro de tal, y veremos una famosa indigestión!

*Huracán, Vinder y Robin*, sometidos á la admiración general, fueron tentados por aquellas maneras inmundas. Fischart fingía una risa de demonio.

—No es la primera vez que veo vuestras picarescas trazas. Ah! os entendeis para elaborar la tierra alemana. ¿Tiene jefe alguno en el merodeo?

Un gran diablo, de cara raspada y cuyas botas de ancha campana le subían hasta medio vientre, dió un paso adelante:

—El jefe soy yo, cara del infierno, y te invito á cenar así como á tus camaradas.

—Con qué satisfacción les hundiría una espada en el estómago!—Dijo Readway al oído de Shakespeare.

El conocimiento se hizo más íntimo. Los viajeros se acercaron á la marmita y cumplieron á los cocineros.

—El pato robado tiene mejor gusto—declaró el jefe de cocina. La granja en donde hemos cojido éste, estaba llena de fanfarrones. Pero los hemos cocido, amigo, y los compadres bailaban en el horno. En cuanto á los jóvenes, se han escapado, después de haber servido á nuestros gozosos placeres.

Si te abriera la cabeza por tus fanfarronadas—dijo Readway—¿crees que los diablos te la volverían á pegar?

Una risa estúpida acoció esa suposición. Shakespeare, entre tanto, interpelaba á los jugadores.

—Ahí dentro hay dados preparados para hacer trampas, huesos de carnero llenos de estopa. Caen siempre hácia el mismo lado.

—Quién te pide una opinión, calvo?

—Ha perdido sus pelos en una batalla peleando contra los piojos.

Quando estuvo puesta la mesa y sentados los comensales, comenzaron las narraciones de hazañas. La facilidad de los recién llegados asombraba á la soldadecza habituada á inspirar terror. Comían glotonamente, sentados en el suelo, ó de pié, ó á caballo sobre asientos improvisados con troncos de árboles y varas de cañetas. Los platos llegaban humeantes. Los gritos de las mujeres, maltratadas ó besadas en medio de la boca, resonaban en el aire ligero del crepúsculo, y como faltaban luces, encendiéronse antorchas cuya resina rodaba á lo largo del tallo. La feroz asamblea, á esta luz indecisa, agradó á los poetas. Los perfiles eran deformados por las bocas monstruosas; los brazos que servían el vino, parecían manejar el sable, y las voces roncadas resonaban de una manera extraña. Fischart exajeraba más que el lenguaje habitual de los convidados:

—Eres un crápula excelente, un delicioso montón de cerdos recién nacidos—decía golpeando la espalda de su vecino.

—Nunca he admirado una boca como la tuya y tus dientes están ó rotos ó echados á perder. Por eso, amigo, apestas.

—Ah! ah! bravo! Pero responde, William. Ves bien que insulta tu cara de héroe.

Un pesado gruñido salió de la penumbra y William hizo el gesto de blandir su arma.

—No te aconsejo eso, pequeño,—declaró el libelista.—No tendrás tiempo más que para invocar á Dios, á quien tu oración haría vomitar de asco, y caerías del otro lado del suelo á admirar las raíces jugosas de las plantas.

—Readway y Shakespeare, colocados uno al lado del otro, guardaban silencio ó se comunicaban en voz baja sus impresiones:

—Sabeis cual es mi placer entre esos brutos sin freno? Pienso en mi dama, en su delicadeza, en sus tiernas frases. Me toca un aire de laud ó con sus miradas fijas en las mías me habla el mudo lenguaje del amor. Nada hay más dulce que acariciar un recuerdo exquisito en una atmósfera vergonzosa. Eso exalta la sensibilidad. El humo que desprende este pato, admirablemente asado, el olor del cuero y de las frases infames, me recuerdan, por un contraste agudo el enervante perfume

RESERVA DE ESTE LIBRO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL UNIVERSAL"

habitual á él. Imagino también que uno de esos pillos lo ha hecho prisionero y siento á mi Clorinda vibrar en su vaina.

—Yo pienso en el peligro, murmuraba Shakespeare, y es una cosa voluptuosa. Esas caras entregadas al jolgorio podrían de pronto pintarse de rabia y odio. Nos levantaríamos tumultuosos y el aliento de la muerte encorvaría las antorchas. Sobre nuestros caballos, huyendo en la noche, después de alguna sangrienta batahola, tendríamos cálida la impresión de la amistad. El peligro en común: hé ahí una dicha rara.

—¿Queréis que os la procure?

—Esperad un poco; hay todavía bellas muecas que observar.

Trajeron un enorme pedazo de carne, cuya aparición entusiasmó. Numerosas copas de vino, tragadas de un tirón, exasperaban los sentimientos nobles. El jefe, que presidía la mesa, hacía alarde de su valor y tomaba por testigo á Fischart, como alguien capaz de comprenderle:

—Cuando encontramos un aldeano y se niega á indicarnos el camino, le atamos una cuerda á las sienas y le apretamos hasta que estallen. Y es algo! Tú has visto á los que jugaban con el gato. Se pone á un rústico en el cesto y se la atraviesa de flechas, de tal modo, que se ha convertido en espumadera. Ah! sí; te aseguro que el oficio tiene algo bueno.

—No lo dudo. Pero en honor de quien os entregáis á esas guasas esquisitas? Del Papa ó de los Reformadores, del emperador ó de los principes de la Iglesia?

—De nadie y de todo el mundo.

La lengua comenzaba á hacerse pesada y el tono se hacía enternecido.

—Es para alimentarnos y para entretener la fuerza, porque el alma del guerrero se enmohece en la pereza. Un día, incendié tus aldeas. Escaparon como gatos escaldados, ah!, ah! como gatos á los cuales se ha rociado con agua hirviendo. Cojimos doce y nos divertimos con ellos. Les rompíamos el cráneo en pedazos. Les vertíamos estiércol en la boca. Comida agradable! Otra buena guasa. Les quitamos los tirantes, y

se ven obligados á sujetarse con las manos. No pueden escaparse.

Aquel á quien llamaban William quiso expresar su opinión pero fué interrumpido por sus hijos.

—Es que saben en dónde hay tesoros y procuran engañarnos. ¡Engañar á pobres trabajadores como nosotros! Yo he metido á cuatro en un hueco, personas de la misma familia, padre, madre, un chiquillo y el tío ó abuelo.

—Cállate; estás borracho.

—No lo estoy. Era el tío ó el abuelo. Lo que hay de cierto es, que en el fondo, han pataleado durante una hora larga. Llamé á mis compañeros. Amasamos tierra encima y la apisonamos tanto que parecía un camino, pero un camino que gritaba.

—Y les degollamos en Delnmheorst!—vociferó una voz aguda.

La anécdota se perdió en el estruendo. La embriaguez cumplía su benéfico trabajo. Muchos en el suelo roncaban ó vomitaban, había en las tinieblas cuerpos que se arrastraban sacudidos por infectos sobresaltos. Otros cantaban sobre un tono lamentable quejas horribles ó sentimentales, y todo el mundo aullaba á la vez. El jefe de los merodeadores, de pie y con la mano sobre el corazón, aseguraba á Fischart de su eterna simpatía. Las mujeres codeaban á Shakespeare y á Readway, tanteaban sus bolsillos y les ponían bajo las narices sus caras asquerosas. Las antorchas, semi consumidas, derramaban una luz vaga; y á tientas, revueltos, tropezando unos con otros, injuriándose, con risas estúpidas, ruidos vergonzosos, bofetadas sonoras, los menos ébrios titubeaban entre los restos de carne, rompían los platos y los vasos. . . . de tal modo, que al fin la mesa vino al suelo y el campo se cambió en un tumulto inexplicable. Shakespeare, Fischart y Readway se aprovecharon de aquella confusión para montar á caballo y escaparse.

Los dos días siguientes fueron malos; el alimento faltó casi por completo á los viajeros y á los caballos, y vagaron llenos de angustia en el brutal surco de los soldados. Por todas

partes, luto y angustia. De esos tristes países húmedos, de esa soledad, de esa hambre nació una acritud sutil que hacía ofensivas las menores frases, exasperando toda opinión y dando á las voces inflexiones falsas. Fischart y Readway regañaron porque el primero maldecía la guerra y el segundo sostenía su utilidad. Llegaron así á una lamentable aldea sin habitantes, en donde resonaban los gritos de un cerdo que habían olvidado allí. Las puertas habían sido rotas, las ventanas destrozadas, y por esas feroces aberturas se veían los vestigios del terror y de la fuga; un pobre mueble, restos de vestidos. Los techos de bá lago incendiado humeaban todavía; largas capas negras manchaban los muros y sobre ciertos umbrales había pantanitos rojos.

—Admirad—decía sarcástico el liberalista—la gigantesca labor de esos héroes matando seres inofensivos. El gozoso choque de las espadas, los aullidos de las mujeres violadas y de los niños degollados os dan bellas imágenes por las cuales lloran las almas sensibles.

Readway se encogió de hombros, y Fischart prosiguió:

—He visto con mis propios ojos, mi querido señor, cuando mi último viaje á Alemania, un aldeano enganchado á su carreta y destripando un suelo bastante ingrato. Era, os lo juro, una cosa pintoresca, aunque no se tratara más que de un miserable, poco propio para inspirar á un verdadero lírico. Pero desde entonces, las músicas belicosas, las trompetas, pífanos y tambores, los uniformes, los soberbios arneses, las hazañas, los asaltos, las fortalezas, los clamores de una multitud entusiasta, y los que se complacen en esas villanías, y los que las narran y los que las admiran, me recuerdan ese sombrío labrador entre el cielo bajo y la tierra oscura. Y el sublime esfuerzo natural se cambia en signo de maldición. Odio á quien marcha alegremente al sufrimiento, aunque sea un guerrero cubierto de un casco de oro y fuerte como un dios; declaro sin bellezas, sin nobleza y sin gloria, las matanzas y los asesinatos, y si tuviera que sacrificar la bravura á esos transportes vergonzosos, me iría á vivir contento entre apacibles cobardes.

Shakespeare sintió angustiarse su alma ante un claustro en donde palpitaban furios recientes. Los ornamentos estaban minuciosamente picoteados, los crucifijos y los nichos hechos migajas, los candeleros torcidos, el altar mayor y una estatua de la Virgen cubiertos de inmundicias.

—En este lugar se huellan gemidos—dijo melancólico el poeta.—Si nos dejáramos sorprender por el crepúsculo, veríamos vagar por aquí fantasmas.

—¡Aquí están!—gritó Readway.

Al final de un estrecho corredor, unas cuantas gradas conducían á una cripta. Había bastante luz, la precisa para que se pudieran distinguir muchos cadáveres de monjes. Grandes, sangrientos en sus hábitos desgarrados, conservaban las actitudes y el desorden de la lucha. El olor de aquel osario era sofocante, y los tres amigos retrocedieron dos pasos....

Cuando salieron de aquel terror, Readway insultó la Reforma:

—A ella debemos semejantes infamias. El catolicismo era salvaje, pero exaltaba la belleza, respetaba el arte y los artistas. En la suntuosa Italia, donde he pasado meses encantado, no hay un vagabundo ni un rústico que no tenga el sentido de la línea, del color y de la forma; y esos Papas que maldecís, han sido maestros de elegancia. Los mármoles, los cuadros, las joyas, las casas, los menores objetos, atestiguan sentidos refinados, un amor á lo antiguo llevado hasta el frenesí; la tradición, el ritmo y la regla, sin los cuales no hay más que confusión y tinieblas, reinan soberanamente bajo ese cielo azul cuya armonía parece oírse. No recuerdo en qué sitio del campo romano, ante un frontón de templo pagano, pasé una tibia noche que me ha revelado ese entusiasmo. Las esbeltas arpas de los rayos de la luna me tocaban las canciones desaparecidas, por las cuales se saludaba á Baco. El pequeño monumento bailaba en el silencio, y mi corazón remontaba el curso de las edades. Esta fuente de poesía, de toda poesía, es la que han querido cegar los reformadores. Nos daban un mundo insulso y mediocre, sembrado de austeridades, pero tan trivial, tan feo, que sería preferible el infierno. Persiguen, implacables,

el lujo, combaten el amor más que el vicio, y sueñan un ideal de hastío espolvoreado de tal temor, que la muerte es una libertad. Reemplazan la pintura por textos, la orfebrería por pretextos helados. QUITAN á la religión lo que la humanizaba y hacia aceptable á través de las piras y los abusos de la intolerancia.

—No esperaré el fin de vuestra arenga—interrumpió Frischart—para á mi vez indignarme. Amo tanto como vos la antigüedad y su gracia me ha conmovido hasta hacerme llorar. Pero la inmundicia de los cardenales, de los jesuitas y de los Papas no tiene nada que ver con los esplendores del arte. Es la lucha terrible de dos temperamentos opuestos: el del Norte, que quiere la justicia, y el del Mediodía, que se contenta con la claridad. Nosotros, sajones, tenemos el derecho de cantar al mundo nuestra canción y de afirmar nuestras maneras de ser. Hemos caído con rabia sobre los baluartes podridos de Roma, menos por odio al Papa y los cardenales que por una necesidad. Readway, Shakespeare, ¿sois poetas? Pues entonces aplaudid esta cabalgata del espíritu septentrional á través de las ruinas bañadas de sol. La tierra ha producido un hijo, del cual somos los laboriosos parteros. Traemos nuevas miradas, preocupaciones morales, almas complejas, ávidas de otros goces, tendidas por deseos diferentes, y el templete pagano toma una forma extraña en medio de las brumas. El gordo Lutero ignoraba el sentido preciso que tenía su audacia, y ninguno de sus discípulos lo sospechaba. Los novadores, sometidos á fuerzas oscuras, les dan siempre nombres embusteros. Yo he comprendido, desde que eché los primeros dientes de satírico, que se trataba de un terremoto de conciencia, que por las grietas y las hendeduras se veían regiones imprevistas, y que eran profundas las causas reales del movimiento.

—Así tiene que ser, así—dijo Shakespeare—para que en ese debate lea yo la historia de mi sér. El amor á los antiguos, y sobre todo á Plutarco, me ha revelado el mundo antiguo. Mis sueños más opresores fueron esos cielos celebrados por Readway, esos héroes de siluetas fijas y cuyo gesto dibuja su sombra. Yo aspiraba los adorables aromas de las cálidas no-

ches de Roma y de Atenas. Me mezclaba á la multitud en el puerto y en las calles.

Comprendía ese lenguaje tan muelle, tan diferente al vuestro y tan musical. Sin embargo, entre esos hombres y yo había como un intervalo. Cuando por un poder de las palabras se despertaban en mi corazón pasiones correspondientes, eran menos turbias, menos claras, y sus piezas eran como enigmáticas. Me parece que los sentimientos del Mediodía tan admirablemente cantados por los poetas, tienen otras raíces que los míos, otras direcciones y otras curvas.

—¿Entonces, qué les falta?—preguntó Readway.

—La angustia, hija del Norte, que anima la Reforma. Jean Frischart, la raza entera de los países nevados. Vos la conocéis, amigo mío, porque es ella quien enciende súbito con fiebre vuestras miradas, deja colgar vuestros dedos sobre la crin de Robin y al azar de nuestras conversaciones inquieta nuestra común ternura. Abraza silenciosamente al deseo. Después de esos misteriosos amores, quedan niños y cadáveres. Estos nos desconsuelan hasta en medio del goce, nos muestran la pálida muerte detrás de nuestros bien amados, y precipitan nuestro destino por la imagen perpetua de su heredad. Aquellos crean emociones intermedias, se agrandan con nuestras vehemencias, envejecen con nuestras esperanzas y vienen á ser, según los casos, monstruos, remordimiento ó prodigios.

Llegaban al negro lindero de un bosque de pinos. Antes de internarse en éste entraron en una cabaña. Los tres hijos del aldeano dueño de ella habían sido muertos; ya no quedaba allí más que la hija de ojos feroces y dos flacos viejos de rostro resignado.

—Se lo han llevado todo—decía llorando el padre,—mis hijos, tan fuertes, tan animosos, tan trabajadores, mi linda casa, mis recuerdos. Hemos vagamundado tres meses, viviendo de limosnas. Aquí y allá, ahora no nos queda más que esperar la muerte. ¡Pero cuánto tarda en venir!

El cuarto estaba iluminado por las luces rojas de un hogar que olía á resina; un viento furioso sacude la puerta, haciéndola chocar. La madre gemía hondamente, como plegada en



dos, cruzadas las manos, y ninguno de los viajeros hallaba palabras para consolar aquella angustia. Entonces la hija se levantó. Viose á través de sus harapos su talle flexible y sus gestos trágicos.

—Sois cobardes. Había que unirse, armarse de horcas y palos y matar á los que mataban, en vez de dejarme degollar como cerdos. Ah! si las mujeres tuvieran vuestros músculos! ¡Yo os abandonaré, y puesto que se trata de morir, será en los suplicios, después de haber, con estos dedos, estrangulado cuantos bandidos pueda!

Interrogaba al cielo, amenazando con el puño el techo desmantelado:

—Los que hablan de Dios y de su misericordia, mienten. Es EL que incendia las moradas á los pobres, y les obliga á buscar su alimento en las inmundicias! Es EL quien ordena á los soldados pillar, huir y asesinar. Cuatro de esos brutos me han agarrado por los puños y los tobillos, ultrajándome ante los viejos. Y no he podido vengarme. Les sentia soplar como bueyes. Yo gritaba y se reían, y apesar de mis injurias me han dejado la vida!

Y se sentó, temblando de vergüenza y de asco.

Los tres caballeros seguían un sendero entre el bosque. Alrededor de las altas y regulares siluetas de pinos,—semejantes á un ejército de columnas—flotaba una delicada bruma; “cuyas volutas—decía Readway—suben como el incienso en la catedral.” Fischart contaba á sus amigos la leyenda del caballero de Stanffenbers, de quien se enamoró una hada.

—Allá se le apareció muchas veces y siempre vestida con un traje diferente, ya con grandes collares de pedrerías preciosas por los intervalos de las cuales aparecía su carne rosada, ya envuelta en una gasa trasparente, ya disimulada por rudos brocados de oro que dejaban sus señales impresas en la piel. Allá se rehusó á él largo tiempo, á fin de exasperar su deseo y un día luminoso, al tender él hacia ella los brazos, le hizo ésta jurar que no se casaría nunca, so pena de muerte inmediata. El loco, prometió todo. . . . .

—Me parece—interrumpió Shakespeare—que he oído como una música lejana.

Readway detuvo su caballo.

—En efecto; Rolin alza la oreja. Es sin duda la hada, que encanta sus ocios desde la partida de su infiel. Porque el caballero de Stenffenberg desobedece ¿verdad, Fischart? y un pie apareció, mal presagio, la noche de las hadas prohibidas por encima de la mesa fastuosa?

—¿Conocéis la historia?

Fischart pareció sorprendido.

—Soy poeta y mi oficio es espigar por todas partes las leyendas; las de Inglaterra, en donde están los melonales y los lagos; las de Alemania, propicias á las selvas y á los torrentes; las de Italia, que se representan en el umbral de los palacios, y las de Francia, sonrientes como las cosechas. Además, mi Helmi las adora. Con los codos en sus rodillas y la cabeza en sus manitas, la veo oyéndome y sus grandes ojos claros beben el ensueño. Le he contado á menudo lo de Stenffenberg. Le gustaba por la analogía que había entre ella y la hada, y en el momento cromático se levanta, se acerca á mí y me echa al rededor del cuello sus brazos frescos, balbuciendo amenazas en un beso.

—Quisiera conocer—añadió Shakespeare—todas esas viejas relaciones. Cuando el hombre tuvo su primera sonrisa, su primer dolor y su primer odio, se maravilló tanto que hizo en seguida dramitas donde aparecieron mezclados los árboles, los pájaros y las plantas. Sus sentimientos nuevos tenían el gusto de un fruto. Exprimió su jugo sobre la naturaleza. Esas débiles armazones han subsistido como la forma del pan, de la casa, de los velos, porque satisfacen la realidad y el ensueño. Hoy todavía, para conmover, es su ritmo el que tenemos que apropiarnos. . . . Ah! ahora no me engañan mis oídos. Acabo de percibir el ruido de una viola.

—He aquí el músico. ¡Pero si es Orfeo!—gritó Fischart, riendo á carcajadas.

En medio de la escarpa, apoyado contra un árbol, un hombre de larga barba gris tocaba un instrumento que tenía algo de la lira y de la guitarra. Llevaba un traje de pieles adornado con hierbas. Estaba descalzo. Los llamamientos de

los tres compañeros le interrumpieron. Vino hacia ellos de mala gana y notaron su aspecto robusto, su frente alta y arrugada, sus ojos brillantes y su nariz hendida en la punta. Gruñó:

—Habeis ahuyentado mi auditorio. No sabéis más que espantar.

Su voz era baja y sin timbre.

—Hace mucho que no has hablado con nadie, ¿verdad, amigo?—dijo Readway.

—Diez años. No me llaméis amigo, porque odio á mis semejantes. Si me he acercado á vosotros, es para justificarme en mi asco.

—Os han hecho mal y eso os hace injusto. Pero somos buenas gentes . . .

—Como los otros, con espadas al cinto, plumas en el sombrero y en el corazón sentimientos humanos: es decir, el amor de la matanza, la cobardía, la traición, la violencia . . . ¡Pouah! Me preguntábais si me habian maltratado. No más que á mis compañeros. Han matado á los míos, quemado mi morada, violado mis hijas y mi mujer. Hoy soy dichoso, vivo entre los animales, duermo al aire libre y me alimento de raíces . . .

A pesar de cierta vacilación en su palabra, el gozo que sentia en desenmohecer su lengua era visible, y respondía á las preguntas con su instrumento bajo el brazo, con gestos raros, de sus manos enormes y terrosas.

—¿Por qué tocáis la viola?

—Porque amo la música y la poesía. Para quien habita las ciudades, son esas cosas tonterías . . .

—Alto ahí; somos poetas . . .

—Perdonadme; tengo el derecho de ser franco. Si os tendiera esto, si procurarais tocarlo, no saldría de él más que un ruido horrible ó ridículo. Es que os falta la soledad. No miráis las estrellas. Ignoráis lo que es la noche y estáis ante la Naturaleza como ladrones temblorosos. La Naturaleza me habla á mí y nos comprendemos. Invento las melodías conforme las voy sacando de estas cuerdas. Trepan contra los tron-

cos sonoros y los secos follajes que las reciben las transmiten al viento planidero. Los pájaros descienden sobre mi cabeza y mis brazos. Los lagartos y las arañas se alinean en círculo á mis pies. No sospecháis lo fieles que son los cuervos. Les ofrezco el alimento de mi alma antes que el de mi triste cuerpo . . .

Bocetó una mueca que significaba sin duda una sonrisa.

—Pero en invierno . . .—objetó Shakespeare.

—Me construyo una casuca de nieve y evito la compañía de los lobos, que se parecen demasiado á los hombres.

—Es cierto—murmuró Fischart—que debe tener ideas distintas á las nuestras . . .

—¡Ya lo creo! En este instante, viéndoos, recuerdo mis desgracias y mi fantasía de la época en que yo estaba bien vestido, porque tenia también caballos, una capa roja y palabras precisas. Pero lo olvidaré bien pronto todo. Dejo pasar por este camino—é indicó la frente—las nubes y los rayos del sol. Siento el frío, el hambre, la sed y el silencio; esto no es pequeña ocupación. Y no pienso más que en el minuto que va á seguir; salvo cuando hablo á los árboles con mi viola, no hay diferencia entre la última de las cucarachas y yo. Por eso, cuán superior os soy!

—¡Créis en Dios!

Dios está por aquí, por allá, delante, detrás.

Y dió ágilmente una vuelta.

—Es el gran aliento de las cosas, ó nada ó . . . pero no me importa. No tengo relación alguna con él. Perdonadme. Mi cabeza es muy débil y estoy muy fatigado. Adiós.

Y volvió á la escharpa con su aire descuidado y altanero.

El encuentro con aquel misántropo ocupó hasta la noche á los viajeros. Sobre el suelo cubierto de agujas brillantes, en la inmensa soledad de los bosques iluminados por la luna, con versaban todavia de él antes de dormirse. Un relincho de *Rolin* y de *Huracán* y de *Vindex*, atados á alguna distancia, el grito fatal de un pájaro rapaz turbaban únicamente los apacibles espacios de la noche. Aunque estuvieran al principio del invierno, la temperatura era casi dulce y la ráfaga habia desaparecido.

—Tiene razón—suspiraba Readway—declarando que la poesía no se entiende con nuestro género de existencia. Yo he hecho todo lo posible para escapar á las trabas sociales. He amado en todos los países, corrido los caminos y las aventuras, y sin embargo, cuando escribo mis versos, siento que mi imaginación se detiene, seca. Los mismos términos vienen á mi espíritu, como comparsas aburridas. Los ríos, las fuentes, las selvas, las montañas y las hadas que los pueblan, y los héroes y las leyendas se me aparecen primero como temas inagotables. Tengo hinchado el corazón y espero comunicar mi entusiasmo. ¡Ay! el soberbio follaje de los robles se cambia en agujas de pinos. Y no corre á mi llamamiento (como mi fiel *Rolín*) al verlo sonoro y maravilloso que hacia inmortal mi poema, y para animar esa fría materia, necesito figuras de mujeres, el perfil de Helmi, la curva de su nuca, el arco de sus labios. Es que no vivimos bastante cerca de la naturaleza. Hemos cortado nuestras raíces. La savia no cabe ya en nuestros espíritus que se agotan.

—¡Por qué no tenéis la cólera, pobres poetas!—dijo Fischart.—Yo ignoro en absoluto esas angustias. El odio está en pie detrás de mí, tendiéndome armas nuevas, venablos acerados, hierros enrojecidos y espadas llameantes.

—No tengo vuestra experiencia—añadió Shakespeare—y apenas si he comenzado á hacer algo en ese arte que nos viene de los dioses. Sin embargo, lamento los hábitos que han tomado mis sentidos. Cuando los marineros, gritando mucho, en las orillas del Támesis, amarran las velas, llegan á la orilla y saltan á tierra entre empujones, pienso que la huella de esas imágenes sobre mis ojos sería más noble y más fecunda si fuera virgen inesperada. Como vos vuestra bella querida, poseo en el fondo de mi conciencia ciertas figuras que me he dibujado y que me exaltan apasionadamente. Cuento con este viaje para hacer otros. Ha pasado el tiempo dichoso en que el hombre cantaba construyendo el mundo. Ante las móviles miradas del niño que balbuce y designa su deseo con ruido adorable, soñando amenudo amargamente. Sí, hemos perdido la

frescura. Si, la leyenda apenas rehace el valor de nuestros músculos.

—Eso explica—prosiguió Readway—que refinemos el estilo. Si la emoción fuere fuerte y pura, nos reiriamos de esos subterfugios.

Algunas horas después, William velaba el sueño de los dos amigos. Sentía una extrema dulzura en esa cabalgata en común á través de la inteligencia y las llanuras. Temía la fecha de Navidad, en que se separaría de Fischart, y esperaba después del duelo con el caballero Olox, acompañar á Readway hasta Copenhague.

—Parece ser que en el corazón del invierno el alma del Norte habita esos parajes. No estoy más que al principio de mí ser, cuando busca uno su propia naturaleza. Tendré que olvidarle en seguida, y como el músico solitario, tocar para los animales de los bosques. Pero el mundo, pasando por mí, se teñía de mis propios colores... ¿Sueño? ¿La selva está encantada?...

A algunos pasos, entre los troncos esbeltos de los pinos que formaban grandiosas avenidas, galopaba una cacería silenciosa, perros y monteros, damas vestidas de una manera exquisita, osados señores y pajes obsequiosos alrededor de ellos. Los caballos, blancos, estaban empenachados de oro. La luna derramaba sus rayos sobre los trajes claros de seda y brocado, las dagas y las capas flotantes, y apesar de la rapidez, las caras eran visibles, tan bellas y tan gozosas que el poeta lloraba. Esa fantasmogoría fué breve. El mudo cortejo franqueó con rapidez la distancia de la mirada, se hundió bajo los esbeltos pórticos de los árboles y desapareció espejeando en un polvo blanco. Shakespeare no tuvo tiempo de despertar á sus amigos y guardó para sí su aventura.

Obdenborg. Fischart designó los baluartes que se borran en el crepúsculo.

—Me alegre de hallar al fin una ciudad!

—Es de aspecto algo moroso—observó Shakespeare.

No habia ni centinelas en las puertas, ni gente en la calle.